

Resumen: Este artículo muestra aspectos medulares de la niñez esclavizada de origen africano durante el periodo virreinal, tales como sus contribuciones económicas y las relaciones familiares en que participaban. Aunque el texto se centra en la capital novohispana, incluye información acerca de otros lugares, desde el siglo XVI y hasta principios del XIX. Se analiza el concepto de niñez y palabras como *muleque*, *negritas* y *mulatillos*, las cuales se usaban para referirse a niños esclavos de origen africano. Además se aborda el tema de los niños en la trata trasatlántica de personas esclavizadas. Finalmente, se identifican algunas semejanzas y diferencias de la esclavitud infantil en distintos contextos de América Latina.

Palabras clave: niñez, esclavitud, africanos, afrodescendientes, América.

Abstract: This paper focuses on important aspects of child slavery among people of African descent during the viceregal period, such as their economic contributions and their family relationships. Although the analysis focuses on Mexico City, it also considers information from other places from the sixteenth century to the beginning of the nineteenth. The concept of childhood is analyzed, as well as words that were used to refer to enslaved children, such as *muleque*, *negritas* and *mulatillos*. This paper shows that children were also part of the Transatlantic Slave Trade and helps to identify similarities and differences in child slavery from various contexts in Latin America.

Key words: childhood, slavery, Africans, African descendants, America.



Mulatillas y negritos. Una mirada a la vida cotidiana de los niños esclavizados durante el periodo virreinal

En 1576, Catalina vivía en la capital novohispana. Ella residía en casa de su amo, llamado Antonio Pedraza, mientras Gaspar, su padre, permanecía con su propio amo. A sus diez años de edad ella estaba lejos de aceptar sumisamente dicha separación, por eso escapaba a veces “en busca de su padre”.¹ Aunque vivían separados, Catalina procuraba mantener el vínculo afectivo y de parentesco con su papá, demostrando así que las y los niños² también son actores sociales con agencia. Conocemos este increíble detalle de la vida cotidiana de una niña esclavizada que vivió a finales del siglo XVI porque quedó registrado en un documento notarial, donde se le vende en 170 pesos de oro común. ¿Cuántas experiencias cotidianas de niñas y niños esclavizados habrán ocurrido sin quedar anotadas en ningún documento? ¿Cuántas vivencias estarán escritas, pero permanecen a la espera de historiadores o etnohistoriadores curiosos que se interesen por la niñez?

En el México virreinal, tanto los españoles como los indígenas, los africanos y los asiáticos, fueron niños, jóvenes, adultos y viejos. Aunque estas palabras se emplearon para designar periodos de la vida cuando menos desde el siglo IV a.C., estas etapas son construcciones sociales más que realidades biológicas. Por tanto, su delimitación, sus representaciones y experiencias varían de acuerdo con el contexto social, cultural e histórico, así como a las circunstancias específicas de cada grupo o persona en particu-

* Este artículo tiene información nueva y un enfoque distinto, pero algunos datos provienen de mi libro: Cristina V. Masferrer León, *Muleke, negritas y mulatillos. Niñez, familia y redes sociales de los esclavos de origen africano en la Ciudad de México, siglo XVII*, México, INAH, 2013.

¹ Antonio Alonso, foliación original 1170/1170v, núm. 1430, México, 1576. Ivonne Mijares (ed.), *Catálogo de Protocolos del Archivo General de Notarías de la Ciudad de México*, vol. I, México, UNAM, 2005.

² La palabra “niños” incluye a aquellos del sexo femenino y masculino, si bien en ocasiones también empleo las frases “las y los niños” o “niñas y niños” para referirme a ellas y ellos. En cambio, utilizaré las palabras “niñas” o “niños varones” para referirme a un grupo genérico específico.

lar. Debemos considerar la diversidad de “niñeces”³ que ha habido a lo largo de la historia, e incluso las diferentes infancias que pueden convivir en un mismo contexto. Sin duda, la esclavitud ocasionó que la vida cotidiana de niñas y niños se tejiera de una manera diferente.

El objetivo de este artículo es exponer aspectos centrales de la niñez esclavizada de origen africano, partiendo de la capital novohispana, pero considerando información disponible sobre otros lugares de América Latina desde el siglo XVI y hasta principios del siglo XIX. Ello permitirá identificar recurrencias y matices, a pesar de que un estudio comparativo excede las posibilidades de este artículo.

Cada vez contamos con más estudios acerca de las personas esclavizadas durante el periodo virreinal, sobre todo aquellas de origen africano.⁴ Sin embargo, pocas veces reparamos en el hecho de que, entre los esclavos “criollos” hubo más niños que adultos. Ello se ha visto reflejado en una escasez de investigaciones centradas en los niños esclavizados. Hay quienes atribuyen este *descuido*, al tipo de información que las fuentes proporcionan, pero hay otra razón más poderosa: suele considerarse que los niños son menos importantes que los adultos, como en otros momentos se consideraba más relevante a los hombres que a las mujeres. Como historiadores, resulta negligente ignorar a un sector que colaboró en la construcción de México y fue parte medular de la sociedad.

³ Andrea Szulc, “Antropología y niñez: de la omisión a las ‘culturas infantiles’”, en Guillermo Wilde y Pablo Schamber (comps.), *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*, Misiones, SB, 2006, pp.25-50.

⁴ Por la vastedad de obras al respecto sólo daré como ejemplo algunas de ellas: Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, México, FCE, 1972; Colin Palmer, *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*, Londres, Harvard University Press, 1976; Luz María Martínez Montiel, *Negros en América*, Madrid, Mapfre, 1992; Ben Vinson III y Bobby Vaughn, *Afroméxico*, México, FCE/CIDE, 2004; María Elisa Velázquez y Ethel Correa (comps.), *Poblaciones y culturas de origen africano en México*, México, INAH, 2005; Juan Manuel de la Serna (coord.), *Pautas de convivencia étnica en la América Latina colonial (Indios, negros, mulatos, pardos y esclavos)*, México, UNAM/Universidad de Guanajuato, 2005; María Elisa Velázquez (coord.), *Debates históricos contemporáneos. Africanos y afrodescendientes en México y Centroamérica*, México, INAH, 2011.

Desde la segunda mitad del siglo XX ha habido un creciente interés por la historia de la infancia. Ello ha tenido como resultado una amplia producción bibliográfica, especialmente sobre los siglos XIX y XX, pero también sobre el periodo virreinal y la época prehispánica.⁵ A pesar de la diversidad de estas investigaciones, tienen en común el hecho de que muestran la posibilidad de encontrar fuentes que nos permiten comprender las infancias en el pasado, así como la inmensa relevancia de este sector muchas veces relegado.

Los estudios acerca de los niños esclavizados de origen africano en América se han centrado en Brasil, sobre todo en los siglos XVIII y XIX.⁶ Igualmente, existe

⁵ Por la vastedad de obras al respecto sólo mencionaré algunas de ellas: Asunción Lavrín, “La niñez en México e Hispanoamérica: rutas de exploración”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Cecilia Rabell (comps.), *La familia en el mundo iberoamericano*, México, UNAM, 1994, pp. 41-69; Beatriz Alcubierre y Tania Carreño King, *Los niños villistas: una mirada a la historia de la infancia en México, 1900-1920*, México, INEHRM, 1996; Alberto del Castillo Troncoso, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México, 1880-1920*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2006; María Eugenia Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (coords.), *Los niños: su imagen en la historia*, México, INAH, 2006; Delia Salazar Anaya y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.), *Niños y adolescentes: normas y transgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, INAH, 2008; Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Vivir en Nueva España, orden y desorden en la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 107-162; Susana Sosenski, *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920-1934*, México, El Colegio de México, 2010; Susana Sosenski y Elena Jackson Albarrán (coords.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*, México, UNAM, 2012; Delia Salazar Anaya y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.), *Los niños. El hogar y la calle*, México, INAH, 2013; Scott Hutson y Traci Ardren, *The Social Experiences of Childhood in Ancient Mesoamerica*, Colorado, University Press of Colorado, 2006; Alejandro Díaz Barriga Cuevas, *Niños para los dioses y el tiempo. El sacrificio de infantes en el mundo mesoamericano*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2009; Lourdes Márquez Morfín (coord.), *Los niños, actores sociales ignorados. Levantando el velo, una mirada al pasado*, México, INAH, 2010.

⁶ Por ejemplo: Silvani Dos Santos Valentim, “Crianças escravas no Brasil colonial”, en *Educação em Revista*, núm. 11, julio, 1990, pp. 30-38, en línea [<http://educa.fcc.org.br/pdf/edur/n11/n11a04.pdf>]; Horácio Gutiérrez e Ida Lewkowicz, “Trabalho infantil em Minas Gerais na primeira metade do século XIX”, en *Locus, Revista de História*, núm. 2, Brasil, 1999, pp. 9-21; Maria Cristina Luz Pinheiro, “O trabalho de crianças escravas na cidade de Salvador 1850-1888”, *Afro-Ásia*, Bahia, Centro de Estudos Afro-Orientais-Universidade Federal da Bahia, num. 32, 2005, pp.159-183, em

una investigación sobre el desembarco ilegal de niños esclavizados en Cuba a mediados del siglo XIX, el cual muestra que la abolición de la esclavitud fue un proceso largo y complejo.⁷ Para el contexto estadounidense contamos con el estudio de Wilma King, que también se refiere al siglo XIX y toma como una de sus fuentes la narrativa de esclavos (*slave narrative*).⁸ Más recientemente se ha indagado esta temática en Chile,⁹ analizando la diversidad de labores que realizaron las y los niños entre 1690 y 1820. Finalmente, en 2013 salió a la luz el primer libro sobre niños esclavos en el México virreinal, el cual analiza sus aportes económicos así como su participación en redes sociales y familiares.¹⁰



Niñas muestran enseres domésticos, México, ca. 1940, Sinafo-INAH, Fondo Salud Pública, núm. de inv. 463204

Conceptos, edades y límites porosos: muleques, negrillos y mulatitas

El concepto de niñez no es nuevo, ni reciente, ni tampoco se inventó en el siglo XVIII o en el siglo XX. Como señalé al inicio de este artículo, se trata de una cons-

línea [http://www.afroasia.ufba.br/pdf/afroasia32_pp159_183_CriancasEscravas.pdf]; Manolo Florentino y José Roberto Goés, “Morfologías de la infancia esclava. Río de Janeiro, siglos XVIII y XIX”, en Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli, *Historia de la infancia en América Latina*, Bogotá, Universidad de Externado de Colombia, 2007, pp.171-186; Katia Sausen da Motta, “Infância negra: aspectos da vida cotidiana das crianças escravas na Vila de Vitória (1790-1810)”, en *IV Encontro Escravidão e Liberdade no Brasil Meridional*, 2009, pp. 1-16, en línea [<http://lhpc.ufes.br/content/publica%C3%A7%C3%B5es>]; Heloísa Maria Teixeira “Os filhos das escravas: crianças cativas e ingênuas nas propriedades de Mariana (1850-1888)”, en *Cadernos de História*, Belo Horizonte, vol. 11, núm. 15, pp. 58-93, en línea [<http://periodicos.pucminas.br/index.php/cadernoshistoria/article/view/2027/2413>].

⁷ Arturo Arnalte, *Los últimos esclavos de Cuba. Los niños cautivos de la goleta Batans*, Madrid, Alianza, 2001.

⁸ Wilma King, *Stolen Childhood. Slave youth in nineteenth-century America*, Bloomington e Indianapolis, Indiana University, 1997.

⁹ Montserrat Arre Marfull, “Mulatillos y negritos en el corregimiento de Coquimbo. Circulación y utilización de niños como servidumbre y mano de obra esclava en Chile (1690-1820)”, tesis de maestría en Historia, Santiago, Universidad de Chile, 2012.

¹⁰ Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013. Ese libro se basa en “Familia, niñez e identidad social entre los esclavos de origen africano de la Ciudad de México, en la primera mitad del siglo

trucción social, por lo que la manera de definir, representar y vivir este periodo cambia a lo largo del tiempo y de acuerdo con el contexto cultural. Además, depende de condiciones particulares, lo que permite hablar de una diversidad de infancias incluso en un mismo contexto.

Hipócrates, en el siglo IV a.C., proponía dividir el ciclo vital en siete edades, siendo la infancia la primera de ellas. Esta manera de dividir la vida se retomó en la Edad Media, y también aparece en diccionarios de los siglos XVII y XVIII, tal como se muestra en la tabla 1. De hecho, encontraremos semejanzas interesantes con la manera en que actualmente se dividen los periodos de la vida, por ejemplo, en libros de psicología.¹¹ Insisto en que ello no significa, de ningún modo, que las experiencias o las representaciones hayan permanecido inmóviles.

Otro aspecto relevante que muestra la tabla 1 es la coexistencia de distintas maneras de dividir la vida; lo cual no sólo ocurría durante el periodo virreinal sino que sigue sucediendo en la actualidad. Así, en un mismo momento se puede dividir la vida en siete edades o,

XVII”, tesis de licenciatura en Etnohistoria, México, ENAH-INAH, 2009, que obtuvo el Premio Francisco Javier Clavijero (Premios INAH 2010).

¹¹ Diane Papalia, Sally Wendkos y Ruth Duskin, *Desarrollo humano*, 9ª ed., México, McGraw Hill, 2005.

Tabla 1. Divisiones etarias (siglos XVI-XVIII)

SIETE EDADES				TRES EDADES	
Hipócrates siglo IV a.C. ^{*1}		Diccionarios (siglos XVII y XVIII) ^{*2}		Manual Bautismo (s. XVI) ^{*3}	Diccionario Covarrubias (XVII) ^{*4}
Edad	Etapa	Edad	Etapa	Etapa	Etapa
0-7	<i>Infantia (infans)</i>	0-7	Infancia, niñez	Niño	Edad verde. Cuando va creciendo
7-14	<i>Pueritia (puer)</i>	7-14	Niñez, puericia		
14-21	<i>Adolescentia (adolescens)</i>	14-21	Adolescencia o Juventud	Adolescente	Edad adulta. Varón perfecto
21-28	<i>Juventus (juvenis)</i>	21-30/40	Juventud		
28-42	<i>Virilis aetas (vir)</i>	30/40-60	Adultez	Varón perfecto	Vejez. Cuando va precipitándose y disminuyendo
42-56	<i>Maturitas (veteranus)</i>				
56-	<i>Senectus (senex)</i>	60-	Vejez		
			Decrepitud o Senectud		

*1. Hippocrate, *Oeuvres complètes d'Hippocrate, traduction nouvelle*, traductor Émile Littré, Paris, Libraire de l'Académie Royale de Médecine, t. I, Paris, 1839, pp. 393-394 (Interpretación de San Ambrosio).
*2. Covarrubias, *Diccionario Tesoro de la Lengua Castellana o Española de Sebastián Covarrubias*, Madrid, Turner, 1984; *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1976.
*3. Juan Focher, *Manual de Bautismo de adultos y del Matrimonio de los Bautizandos* (Tzintzuntzan, 1544), Introducción de Fredo Arias de la Canal, México, Fuente de Afirmación Hispanista, 1997.
*4. Covarrubias, *Diccionario Tesoro de la Lengua Castellana o Española de Sebastián Covarrubias*, Madrid, Turner, 1984.

más sencillamente, en tres: niñez, adultez y ancianidad (no es gratuito que en nuestros días se llame “tercera edad” a este último periodo).

La palabra “niño”, de acuerdo con *Diccionario de Autoridades* del siglo XVIII, se aplicaba “al que no ha llegado a los siete años de edad, y se extiende en el común modo de hablar al que tiene pocos años”.¹² Se trata de un periodo con límites flexibles, y de hecho en varios documentos se emplea la palabra para designar a personas mayores de siete años. Sin embargo, esta edad es considerada relevante para delimitar la niñez. Por ejemplo, el padre jesuita Alonso de Sandoval, quien vivió en Cartagena de Indias en el siglo XVII, explicó que para él los esclavos tenían uso de razón desde los siete años,¹³ por lo que desde esa edad debían ser considerados adultos y se tenía que respetar su decisión

¹² *Diccionario de Autoridades*, vol. D-Ñ, Madrid, Gredos, 1976, p. 669. En el caso de la palabra *niña* en ocasiones se usaba para referirse a doncella o mujeres que fueran vírgenes, sin importar su edad.

¹³ Fue a partir del cuarto Concilio de Letrán, en 1215, que se fijó la edad de siete años como “la edad de la razón” o “edad de la discreción”, tal como se indica en Alejandro Díaz Barriga, “La

sobre su propio bautismo.¹⁴ Dado que no siempre era sencillo saber cuándo alguien cumplía siete años, aclaró que la edad podía calcularse mediante el cambio de dentición.¹⁵

La dentición también pudo haber sido importante para los africanos. Un magnífico refrán mossi¹⁶ así lo sugiere: “Alguien se ocupó de ti hasta que crecieron tus dientes, ocúpate de él cuando sus dientes se caigan”.¹⁷ De acuerdo con el antropólogo Pierre Erny, en las culturas africanas contemporáneas la infancia termina con la pubertad, pero se subdivide en tres periodos: 1) lactancia; 2) del destete a la dentición definitiva, y 3) de la dentición definitiva a la pubertad. Aunque esta separación se basa en ciertos aspectos biológicos, se debe tener en mente que sin duda otros criterios forman parte de la percepción hacia la niñez en su conjunto, como serían los comportamientos y las actitudes considerados propios de esas edades. Tras estudiar numerosas culturas

del continente africano, Erny indica que existen rasgos comunes en la socialización de los infantes, a pesar de la evidente diversidad entre las distintas etnias de África.¹⁸

En el México virreinal se emplearon palabras como *niña*, *infante*, *párvulo* o *muchacho*. En el caso de los niños de origen africano, también se usaron vocablos como *negrillo*, *negrita*, *mulatilla*, *mulatito*, entre otras. El *Diccionario de Autoridades* indica que *negrillo* se empleaba para referirse al “muchacho negro o el negro pequeño”.¹⁹ Es importante recordar que se trata de

representación y acción social de la niñez nahua en la cuenca de México a finales del posclásico tardío”, tesis de maestría, México, UNAM, 2014, p. 16.

¹⁴ Alonso de Sandoval, *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid, Alianza, 1987, p. 406.

¹⁵ *Ibidem*, p. 405.

¹⁶ Burkina Fasso, véase Jean Sellier, *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 131-135.

¹⁷ Claude Meillassoux, *Antropología de la esclavitud*, México, Siglo XXI, 1990, p. 27.

¹⁸ Pierre Erny, *L'enfant et son milieu en Afrique noire*, París, L'Harmattan, 1987, p. 22-25, 29.

¹⁹ *Diccionario de Autoridades, op. cit.*, 1976, p. 661.



periodos etarios con límites flexibles, por lo que no es necesario obstinarse en encontrar el punto exacto en que alguien dejaba de ser niño o niña.

Es interesante que estas palabras sean diminutivos, pues muestra que la niñez se asocia a lo pequeño. Los niños son vistos como personas más pequeñas que los adultos, lo que no significa que fueran considerados “adultos pequeños” o “adultos en miniatura”, tesis que ya ha sido ampliamente criticada. La utilización de diminutivos refleja las relaciones de poder entre niños y adultos, así como la noción de que la niñez es un periodo donde hace falta crecer y aprender; se necesita corregirles, pero también cuidar de ellas y ellos. Estos elementos forman parte de la manera en que la niñez era definida en el periodo virreinal, y algunos de estos aspectos prevalecen hasta nuestros días.

Además de estos diminutivos, se emplearon palabras como moleque, muleque y mulecón, sobre todo para referirse a los niños africanos esclavizados. Según el jesuita Alonso de Sandoval (siglo XVII), los propios negros llamaban moleques a los “muchachos”.²⁰ Fernando Ortiz, célebre antropólogo e historiador cubano, explicó que el término muleque hacía referencia a los niños negros bozales de entre siete y diez años.²¹ El vocablo mulecón se refería a aquellos un poco mayores: era un “aumentativo de muleque y de muleca”.²² En cambio, un niño “de pecho” podía llamarse mulequín.²³

Estas palabras provienen de la lengua kimbundu (muleke), misma que está emparentada con el kikongo (donde se utiliza el vocablo nleke). En kimbundu esta palabra estaba relacionada con conceptos como hijo, joven, hombre joven, y en kikongo se aplicaba a infantes y niños. Así, muleke era una palabra africana, mientras muleque, muleca, mulecón y mulequín son castellanizaciones del término; al igual que pluralizaciones como moleques o muleques.²⁴

²⁰ Alonso de Sandoval, *op. cit.*, 1987, p. 413.

²¹ Fernando Ortiz, *Glosario de afronegrismos*, La Habana, Ciencias Sociales, 1991, p. 337.

²² *Idem.*

²³ Miguel Rojas Mix, *Cultura afroamericana: de esclavos a ciudadanos*, México, Biblioteca Iberoamericana, 1990, p. 126. Véase también p. 18.

²⁴ Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013.

El uso de estas palabras en América estuvo asociado a la venta de niños y jóvenes africanos. Por ejemplo, de acuerdo con Aguirre Beltrán, en Campeche los adultos costaban 290 pesos, los mulecones 260 pesos, y los muleques valían 230 pesos.²⁵ Es bien sabido que los precios de las personas esclavizadas podían variar en función del periodo, lugar y características como la edad, el sexo, el origen y los conocimientos que tuviesen sobre alguna labor específica. La edad, por tanto, era uno de los criterios tomados en cuenta al momento de decidir el precio de esas personas.

Como hemos visto, las palabras muleque y muleca se referían a niños de origen africano, cuya edad podía ser menor de siete, diez o doce años, e incluso se empleó para referirse a jóvenes de 15 o 17 años, aunque en estos casos fue más común el término “mulecón”. Ello muestra la porosidad de los límites etarios de la cual hablaba al inicio de este apartado.

Los niños y el tráfico transatlántico de africanos

En 1681 llegó a Buenos Aires un barco con 40 “muleques” y “mulecas”, cuyo costo representaba 7 500 pesos. Si bien no se especificó la edad, sí se aclaró que se trataba de “negros pequeños”.²⁶ Cada uno de ellos y ellas tendría un valor individual, estimado, de poco menos de 190 pesos. Además de Buenos Aires, otros puertos importantes de Hispanoamérica a los que llegaron africanos, fueron Cartagena de Indias y Veracruz.

David Richardson indica que durante el siglo XVII se transportaba cantidad similar de hombres y de mujeres, de los cuales pocos eran niños, mientras para el siglo XIX se transportó una alta proporción de menores de 15 años, llegando a representar 50%.²⁷ Este tema

²⁵ Gonzalo Aguirre Beltrán, *op. cit.*, 1972, p. 86.

²⁶ Archivo General de Indias (AGI), Escribanía de Cámara de Justicia, Pleitos de la gobernación de Cartagena, f. 579A.

²⁷ David Richardson, entrevistado en el video documental *Rutas del esclavo: una visión mundial*, UNESCO, 2010. Hugh Thomas ha calculado que en la trata del siglo XVIII los niños representaban 6% de los esclavos procedentes de Luanda, 3% de aquellos que salían de Benguela y entre 8 y 13% de los obtenidos por la Compañía Holandesa. También de acuerdo con Thomas, hubo un aumento en la esclavización de niños traídos desde África en el

también ha sido estudiado por Paul Lovejoy, quien afirma que entre 1660 y 1699, 11% de los africanos transportados a América eran niños, mientras en los siglos siguientes la proporción incrementó notablemente.²⁸ Para el caso de Brasil, Horacio Gutiérrez estima que 10% de la trata de esclavos estuvo conformada por niños y jóvenes entre 1734 y 1769.²⁹ Aun cuando la mayor parte de los africanos traídos durante los primeros siglos de la trata transatlántica eran adultos, se sabe de “otras muchas criaturas, que vienen con sus madres (porque raras veces se les conoce padre) de los puertos de Guinea”.³⁰

En el siglo XVII, los africanos capturados salieron principalmente de Angola, Guinea, Cabo Verde, San Thomé, Congo y Arda. Saber la procedencia étnica de cada uno de los africanos que llegaron al Nuevo Mundo resulta complicado, pues en los documentos se suele emplear palabras que hacen referencia a la región o al puerto de salida, pero no al grupo étnico de procedencia. A pesar de lo anterior, varios investigadores han logrado identificar etnias como los bereberes (berberiscos), moros, fulas (peul, poulard), wolofs (gelofes, zolofs), bañun (bañol, bagnoun, pañol), mandingos (malinké, mandé, manding), kazanko (cazanga, diolas), beafada (biafara, biafares, biafada), kpwesi (zapé, kpelle, capés, zapas), bran, los pueblos de Hausa (se refiere a grupos formados por árabes y fulas), bantúes y los grupos del Congo (kikongo, bakongo, bambamba).³¹

Recordemos que las personas extraídas de África emprendían un largo viaje transatlántico desde varios

puertos o factorías. Hombres, mujeres y niños africanos fueron transportados a América en difíciles condiciones, “tan apretados, tan asquerosos y tan maltratados”,³² en viajes que duraban más de dos meses. Según relatos del jesuita Alonso de Sandoval, los varones viajaban “de seis en seis con argollas por los cuellos en las corrientes, y estos mismos de dos en dos con grillos en los pies, de modo que de pies a cabeza viven aprisionados; debaxo de cubierta, cerrados por de fuera, do no ven sol ni luna”, comiendo una sola vez al día y recibiendo “mucho palo, mucho azote y malas palabras”.³³ Sin duda mujeres y niños viajaban en estas mismas circunstancias.

En 1684 se decretó que podían llevarse cinco niños por cada tonelada de esclavos, siempre y cuando se les transportara en la cubierta abierta, pero es de suponer que esto no se respetó.³⁴ A principios del siglo XVII, Sandoval relató que en algunos navíos se mandaba subir a ciertos negros de debajo de cubierta, tomando un niño y una niña para bautizarlos, lo que sugiere que los niños viajaban junto a los adultos.³⁵

Cuando en la segunda mitad del siglo XVI el padre Joseph de Acosta preguntó a africanos provenientes de Cabo Verde si habían sido bautizados, éstos respondían “que aviendoles cautivado pequeños los baptizaron en los navios, o playas entre otros muchos, ignorando ellos que fuese aquello”.³⁶ En el siglo XVII también llegaban niños esclavos africanos a América, pues Alonso de Sandoval supo, por relatos del piloto del navío y el administrador de los negros, que en 1613 no se había bautizado a los niños antes de llegar a América. Estos “negritos infantes que vinieron de Guinea, cuyos padres se quedaron en tierras tan remotas”, podían ser bautizados sin consentimiento de los progenitores, “porque lo mesmo se es tener padres o no tenerlos estos negritos, estando como están tan distantes”; Sandoval sugiere que esta separación era cotidiana, pues añade que esto ocurría “cada día en las Armazones”.³⁷ El jesuita

siglo XIX; Hugh Thomas, *La trata de esclavos*, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 537, 451, 565, 376.

²⁸ Paul Lovejoy, “Los niños del Atlántico”, en Rina Cáceres (ed.), *Del olvido a la memoria: África en tiempos de la esclavitud*, San José, UNESCO, 2008, p. 47.

²⁹ Horacio Gutiérrez, “O tráfico de crianças escravas para o Brasil durante o século XVIII”, en *Revista de História*, núm. 120, enero-julio, 1989, pp. 59-72.

³⁰ Alonso de Sandoval, *op. cit.*, 1987, p. 401

³¹ María Elisa Velázquez, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana*, siglos XVII y XVIII, México, INAH/PUEG-UNAM, 2006, pp. 71-73; Gonzalo Aguirre Beltrán, *op. cit.*; Paul Lovejoy, “Ethnic Designations of the Slave Trade and the Reconstruction of the History of Transatlantic Slavery”, en Paul Lovejoy y David Trotman, *Transatlantic Dimension of Ethnicity in the African Diaspora*, Londres, Continuum, 2003.

³² Alonso de Sandoval, *op. cit.*, 1987, p. 152.

³³ *Idem.*

³⁴ Hugh Thomas, *op. cit.*, 1998, p. 399.

³⁵ Alonso de Sandoval, *op. cit.*, 1987, p. 384.

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Ibidem*, p. 403.

también relató el caso de un “muchachuelo” de doce años, “moleque”, quien al poco tiempo de arribar “murió para vivir para siempre”.³⁸ Estos relatos muestran que era común que llegaran niños africanos como esclavos, apartándolos de su medio familiar, social y cultural. Otras ocasiones llegaban con sus madres, “hallándose venir muchos infieles con sus hijos chiquitos”.³⁹ Se sabe también de una mujer embarazada que llegó “en días de parto”.⁴⁰

Contribuciones económicas y relaciones familiares

En la ciudad de México, los niños esclavos no sólo se vendieron, sino que también se heredaron, se empeñaron, se donaron, regalaron y entregaron como parte de dotes.⁴¹ En la ciudad de Oaxaca se vendió, donó y heredó a niños esclavos a finales del siglo XVII, según Cristina Córdova.⁴² Ello significa que fueron parte del patrimonio económico de los amos, quienes no sólo tuvieron la oportunidad de obtener bienes mediante la venta o hipoteca de los niños, sino además cumplieron con las normas sociales de apoyar económicamente a sus hijas al casarse. Asimismo, los niños esclavizados colaboraron a que sus propietarios recibieran beneficios espirituales mediante su donación a la Iglesia. Las labores de estos niños abarcarían una amplia gama de actividades, desde ser pajes o acompañantes hasta ser trabajadores domésticos, ayudantes o aprendices de oficios.⁴³

Niños y adultos esclavizados acompañaban a sus amos por la ciudad de México, como muestra de su posición económica, si bien es importante insistir en que esa no fue la única actividad realizada por las personas de origen africano, ni tampoco la más importante. Viajeros como Gemelli Carreri y Thomas Gage relataron que criollos y españoles paseaban en la

³⁸ *Ibidem*, pp. 597-598.

³⁹ *Idem*.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 598.

⁴¹ Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013

⁴² Cristina Córdova Aguilar, *Población de origen africano en Oaxaca colonial (1680-1700)*, Oaxaca, Conaculta, 2012.

⁴³ Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013.



Comedor de niñas del Internado Nacional Infantil, 9-10-1939, Sinafo-INAH, Fondo Salud Pública, núm. de inv. 366953

Alameda acompañados de sus esclavos bien vestidos.⁴⁴ Una escena del biombo *Vista del palacio del virrey en México*, del siglo XVII, sugiere que los niños también acompañaban a sus amos, pues se observa a un niño de origen africano delante de un español que podría ser su amo. El niño lleva vestimenta roja elegante, cuello y zapatos blancos.⁴⁵ Ser pajes era una de las actividades de los niños esclavos no sólo de Nueva España, sino también de Chile. El estudio de Montserrat Arre Marfull refiere que en 1702 un padre jesuita pidió “prestado” a Manuel, un mulatillo, para que fuera paje “durante las ceremonias y festividades de la coronación de Felipe V”.⁴⁶

Asimismo, un niño de origen africano se observa en una pintura⁴⁷ hecha en agradecimiento a don Diego Barrientos Ribera y su esposa, doña María de Lomelín,

⁴⁴ Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*, México, Conaculta, 1994, p. 145; Giovanni Francesco Gemelli Carreri, *Viaje a Nueva España*, México, UNAM, 1976, p. 63.

⁴⁵ Anónimo, biombo *Vista del palacio del virrey en México*, óleo sobre tela, siglo XVII, Museo de América, Madrid.

⁴⁶ Montserrat Arre Marfull, *op. cit.*, 2012, p. 113.

⁴⁷ Se trata de una pintura de Miguel Vallejo (1752), que resguarda la parroquia de Santiago, en Querétaro, de la cual se tiene una copia en el patio barroco de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Querétaro. En la portada del libro *Muleke, negritas y mulatillos. Niñez, familia y redes sociales de los esclavos de origen africano en la ciudad de México, siglo XVII* aparece la fotografía de dicho cuadro, tomada por Arturo Pérez y Pérez. Agradezco a la Universidad Autónoma de Querétaro haber facilitado el uso de dicha imagen.



Niñas con trajes regionales, México, 27-04-1940, Estudio Foto-eléctrico, Sinafo-
INAH, Fondo Salud Pública, núm. de inv. 464283

quienes habían apoyado la fundación del Colegio de la Compañía de Jesús en 1625. Diego Barrientos fue asesor del marqués de Cerralvo, quien fuese virrey de Nueva España entre 1624 y 1635. Se trata, pues, de personajes trascendentales en la vida política, económica y religiosa de Nueva España. Este niño, elegantemente ataviado, aparece sosteniendo el vestido de María de Lomelín, sin duda como muestra de su prestigio. Sostenere el vestido de su ama, y acompañarla, eran actividades que realizaban los niños esclavizados de la época, aunque sus labores no se limitaban a ello. Llama la atención que el niño fue representado mirando directamente hacia el pintor, o quien observa el cuadro, semejante a la mirada de don Diego Barrientos. Otro detalle interesante de este cuadro es que la mesa que les acompaña es sostenida por varios ángeles tallados en madera oscura.

Ser vendido, donado o heredado casi siempre implicaba un cambio importante en la vida cotidiana de los niños esclavizados, pues con ello debían cambiar de residencia. Al borde de la muerte, doña Juana de Salinas decidió heredar una de sus esclavas —María, una mulatilla de siete años de edad— a su hija doña Aldonza de Salinas, entonces de nueve años. La madre de Aldonza dispuso que su hija permaneciera con sus tías hasta que se casara.⁴⁸ Este ejemplo, de 1616, deja

⁴⁸ Juan Pérez de Rivera, Libro Protocolos 11, México, 1616, en Iyonne Mijares (ed.), *Catálogo de Protocolos del Archivo General de Notarías de la Ciudad de México*, vol. II, México, UNAM, 2005.

ver cómo la muerte de la propietaria tenía repercusiones en la vida cotidiana de las niñas esclavizadas. Una niña de nueve años quedaría como ama de una mulatilla tan sólo dos años menor. ¿Qué implicaciones pudo haber tenido esta proximidad etaria en la relación entre ambas? No necesariamente se formaría una relación de amistad, pero sin duda compartirían momentos importantes a lo largo de su niñez.

En ocasiones la venta implicó la separación de los niños de sus padres. Josepha, una mulatilla de diez años, era hija de Juana, una esclava considerada negra. Ambas eran propiedad del convento de San Agustín de México, pero en 1652 se decidió vender a la niña y separarla de su madre. Josepha sería ahora propiedad de María de San Miguel, una niña huérfana de diez años quien estaba en “compañía” de doña Graciana, es decir, que se encargaba de la pequeña huérfana. María de San Miguel había recibido 300 pesos de algún benefactor para que pudiera comprar una esclava, pues querían hacerle “buena obra a la niña”,⁴⁹ lo cual sugiere la importancia de los niños esclavizados.

Los amos de los niños esclavos solían ser viudas, doncellas, monjas y religiosos, autoridades como alcaldes y alguaciles, maestros de oficios, y en muchas ocasiones pertenecían a instituciones religiosas.⁵⁰ No obstante, como se ha visto aquí, he encontrado otros casos donde las amas eran niñas, lo que implicó una relación cercana caracterizada por intercambios culturales desde temprana edad.

Los intercambios entre amos y esclavos en ocasiones se han dejado de lado, insistiendo en el abuso y la violencia que sufrían las personas esclavizadas. En Brasil, por ejemplo, Silvani Dos Santos señala que muchas veces las niñas esclavizadas eran responsables de cuidar niños blancos; además rescata la opinión de Gilberto de Mello Freyre (1933), quien indica que desde pequeños los niños blancos imponían su poder sobre sus esclavos.⁵¹ Es evidente que hubo muchos casos de mal-

⁴⁹ Juan Pérez de Rivera Cáceres, Libro Protocolos 4, fol. 66/66v (253/253v), México, 1652, en Iyonne Mijares (ed.), *op. cit.*

⁵⁰ Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013.

⁵¹ Silvani Dos Santos Valentim, *op. cit.*, 1990, p. 32.



trato, mas debemos también considerar la importancia de la convivencia entre estos sectores. Nadine Beligand ha mostrado esas complejas relaciones entre amos y esclavos en el valle de Toluca.⁵²

Un caso de 1642 ilustra la manera en que estos intercambios culturales pudieron darse en la capital novohispana. Gonzalo de Francia había nacido en Sevilla, pero residía en la ciudad de México cuando realizó su testamento. En él indicó que tenía una esclava mulata llamada Jerónima de los Ángeles, de 22 años de edad, a quien consideraba como una hija: “[...] la cual le ha servido siempre con mucho amor, cuidado y regalo de su persona y guarda de su hacienda, atendiendo a lo uno y otro con mucha voluntad como si fuera su propia hija de que es digna de remuneración, y para que la tenga, es su voluntad que después de los días de la vida del otorgante, quede libre ella e Inés, su hija, que es de edad de cuatro meses”.⁵³

No sólo Jerónima de los Ángeles se benefició de la voluntad de Gonzalo de Francia, sino también su pequeña hija, de apenas cuatro meses. Otro detalle llama particularmente la atención: el amo guarda 1 000 pesos de oro común para entregar a Jerónima de los Ángeles como dote cuando haya “tomado estado”. Dispuso también de 3 000 pesos de oro común para Inés, mismos que no serían entregados de inmediato, sino que personas “legas, llanas y abonadas” lo guardarían “en el interín que tiene edad la dicha Inés, niña”. Serían entregados “cuando tome estado de religiosa o casada con tal que no sea con negro o mulato, que en tal caso es su voluntad no se le den”. Este detalle evidencia la posibilidad de que la hija de una mulata esclavizada fuese religiosa, pues de otra manera ello no hubiera pasado por la mente de Gonzalo de Francia. Además, permite ver la preocupación de un español por la hija de una de sus esclavas, a quien hereda una fuerte suma de dinero para su matrimonio, con la condición de que escale socialmente evitando casarse con negros o mulatos. Inés había nacido siendo esclava, pero cuando fuese

mayor sería poseedora de un patrimonio económico considerable que aseguraría su porvenir. Este caso, quizá excepcional, muestra una de las maneras en que la movilidad social y económica pudo ser parte de la vida cotidiana de niñas esclavas, que ya de adultas pudieron tener dinero suficiente incluso para comprar varios esclavos.

En el mismo testamento, Gonzalo de Francia liberó a un hombre esclavizado, de nombre Gonzalo de Tejada, pero mantuvo en la esclavitud a otra mujer y sus hijos, así como a un “negrillo” de catorce o quince años de edad. Es decir, este afecto no se desarrolló con todas las personas esclavizadas en su poder, ni tampoco de manera especial con mujeres o niños, sino que dependió de aspectos particulares: el trabajo de las personas esclavizadas u otras características individuales, o bien de preferencias del amo hacia uno u otro esclavo.

El trabajo doméstico fue parte importante de las actividades de los niños de origen africano esclavizados en la ciudad de México, al igual que en Chile.⁵⁴ En cambio, en otros contextos estos niños trabajaron en haciendas azucareras o ganaderas. Por ejemplo, en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, los esclavos menores de 15 años representaban 34.3%, de acuerdo con Adriana Naveda. Aunque las actividades de niños y adultos en estas haciendas se centraban en la producción de azúcar, también realizaban otras labores; por ejemplo, algunos eran vaqueros. Naveda consideró que muchas mujeres y niños se dedicaron a trabajos auxiliares en estas haciendas, dejando los oficios especializados a los hombres adultos.⁵⁵

En Chile, los niños esclavizados también realizaron labores en haciendas y estancias, algunas de las cuales estuvieron en manos de jesuitas.⁵⁶ Algo similar ocurrió en Nueva España a finales del siglo XVII, pues el viajero Giovanni Francesco Gemelli aseguró que en una hacienda de jesuitas en Tepetzotlán —donde hoy se encuentra el Museo Nacional del Virreinato—, había más de cien negros casados que, “viviendo en cabañas,

⁵² Nadine Beligand, “‘Por descargo de mi conciencia’ en la vida el amor y más allá de la libertad”, en *Historia y Grafía*, núm. 33, 2009, pp. 133-166.

⁵³ Juan Pérez de Rivera Cáceres, Libro Protocolos 1, fol. 78v/84v, México, 1642, en Ivonne Mijares (ed.), *op. cit.*

⁵⁴ Montserrat Arre Marfull, *op. cit.*, 2012, pp. 104-116.

⁵⁵ Adriana Naveda Chávez-Hita, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba*, Veracruz, 1690-1830, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1987.

⁵⁶ Montserrat Arre Marfull, *op. cit.*, 2012.

se multiplican con grandísima utilidad de los Padres [jesuitas], pues los venden en trescientos y cuatrocientos pesos cada uno”.⁵⁷ Es posible que en este caso a los niños se les exigiera trabajar lo antes posible, y la relación con sus padres fuese corta, pues el viajero enfatiza en la manera en que los religiosos sacaban provecho económico de ellos al venderlos.

Un estudio reciente muestra que en el siglo XVIII las actividades de niños y adultos en la hacienda jesuita de Xalmolonga se centraron en la producción de azúcar, pero no se limitaban a ello. Por ejemplo, había también adultos vaqueros, muleros, becerreros, carpinteros, un sacristán, y una mujer tortillera. En esta hacienda nacieron más de mil esclavos a lo largo de esa centuria, de modo que no sólo se realizaron actividades económicas, sino también se desarrollaron relaciones sociales y familiares. De hecho, es posible que cada familia tuviera “su propio espacio para cohabitar”.⁵⁸

No sólo jesuitas, sino también padres dominicos tuvieron niños esclavos en su poder. En el siglo XVII el viajero Thomas Gage relató que en una hacienda en Puebla, a cargo de religiosos de Santo Domingo, se ocupaban “doscientos negros, hombres y mujeres, sin contar sus hijos que les ayudan en el trabajo”.⁵⁹ Este ejemplo no sólo evidencia el papel económico de los niños, sino también refleja el desarrollo de relaciones familiares entre personas esclavizadas, no únicamente entre esposos, sino además entre padres e hijos. Es probable que estas personas vivieran juntas, de modo que la residencia en común sería parte importante de sus relaciones familiares.

En Río de Janeiro, a finales del siglo XVIII y principios del XIX los niños llegaron a constituir un tercio, o incluso la mitad, de las personas esclavizadas, quienes se dedicaban principalmente a la producción de azúcar y café.⁶⁰ Manolo Florentino y José Roberto Góes muestran cómo se relacionaba la edad con el precio y

la preparación de los niños esclavos. A los doce años de edad su instrucción habría terminado, motivo por el cual justamente a esa edad alcanzaban el mismo precio que los adultos. En ocasiones se acompañaban sus nombres con el oficio que realizaban: “João pastor, Ana mucama”.⁶¹ Desde los cuatro años hacían tareas domésticas “livianas”, mientras un niño de ocho años ya pastoreaba ganado, y una niña de once años ya era costurera.

Ello sugiere que las actividades de los niños de ninguna manera pueden ser consideradas de poca relevancia. Los primeros años de vida eran dedicados al aprendizaje de diversas labores, y es evidente que este proceso de formación era necesario para realizar trabajos especializados cuando mayores. Sin embargo, sería equivocado pensar que la niñez era importante únicamente como un antecedente de las labores adultas, pues desde los cuatro años su trabajo representó una contribución económica relevante, y desde los ocho u once años sus actividades se consideraban especializadas. En lugares como la ciudad de México su trabajo no era la única forma de contribuir económicamente, pues niños de corta edad eran vendidos, hipotecados, donados o entregados como parte de una dote, como ya se ha mencionado.

El estudio de Florentino y Góes también revela un dato estremecedor. Muchos de los esclavos morían antes de llegar al año de edad, o los cinco años de vida. Además, muchos de los padres de los niños esclavos morían, dejándolos huérfanos. Por ello estos investigadores reflexionan acerca de la dificultad de establecer relaciones familiares, pero también destacan la relevancia de otros lazos de parentesco, como aquellos entre padrinos y ahijados. A este respecto, Florentino y Góes concluyen que “no era fácil que un niño esclavo quedara definitivamente solo, dado que los esclavos inventaban medios, con el material disponible, para levantar las vigas de una vida comunitaria y cooperativa”.⁶² ¿Qué experiencias familiares tuvieron los niños esclavizados en la capital de Nueva España durante el siglo XVII?

⁵⁷ Giovanni Francesco Gemelli Careri, *op. cit.*, 1976, p. 108.

⁵⁸ Georgina Flores *et al.*, *Azúcar, esclavitud y enfermedad en la Hacienda de Xalmolonga, siglo XVIII*, México, UAEM, 2014, p. 117.

⁵⁹ Thomas Gage, *Viajes en la Nueva España*, La Habana, Nuestros Países, 1980, p. 53. Lo mismo ocurre en un molino de azúcar, descrito en la misma obra, p. 153.

⁶⁰ Manolo Florentino y José Roberto Góes, *op. cit.*, 2007.

⁶¹ *Ibidem*, p. 181.

⁶² *Ibidem*, p. 180.

En estudios previos⁶³ he destacado la importancia de evitar que la coresidencia o residencia en común sea requisito indispensable de la definición de familia, toda vez que las personas esclavizadas de la capital novohispana desarrollaron relaciones parentales y establecieron familias que no siempre compartieron el lugar de residencia, sin que ello implique dejar de ser familia. Huelga decir que en nuestros días sería un atropello afirmar que un niño y su padre dejan de ser familia por no vivir bajo el mismo techo, por ejemplo ante un divorcio. La residencia en común es parte importante, pero no imprescindible, para las familias. El caso con que abre este artículo muestra cómo la esclavitud pudo impedir la residencia en común, pero no el desarrollo de relaciones familiares entre una niña esclavizada y su padre.

Las actas bautismales de la parroquia del Sagrario Metropolitano de la ciudad de México (1603-1637) revelan que 40% de las veces fueron “hijos de la iglesia” y otro 40% fueron registrados sin sus padres. Por supuesto, los registros no cuentan la historia completa de las relaciones familiares; se trata únicamente de un indicio de las mismas. Para el caso de Río de Janeiro, Florentino y Góes muestran que algunas fracturas familiares ocurrían únicamente en los documentos, mientras en el “mundo real” las relaciones entre parientes continuaban.⁶⁴

En este sentido, debemos considerar que los niños esclavos de la ciudad de México (1603-1637) se registraron con ambos padres en 17% de las ocasiones, 3% con su madre, y muy pocas veces con su padre únicamente o como “hijos legítimos”. Si estos resultados se comparan con el resto de bautizados de los libros de Bautismos de Negros, se encuentra que los niños esclavos se registraban con ambos padres y como hijos de la iglesia en menos ocasiones, mientras se registraban sin padres con más frecuencia que el resto.



Niños en el orfanatorio, bordan, México, ca. 1940, Sinafo-INAH, Fondo Salud Pública, núm. de inv. 367040.

Estos datos sugieren que la esclavitud tenía un papel importante en el desarrollo de relaciones entre padres e hijos; aunque en ocasiones las estorbaba, de ninguna manera las tornaba imposibles. Esta consideración es útil para comprender los matices de la vida cotidiana en la capital novohispana, pues desmiente la idea de que el estatus paternal o maternal de los esclavos no era reconocido por las autoridades y la sociedad novohispanas, además de servir para recordar la agencia social de las personas esclavizadas.

Cuando se registraban los padres y las madres de estos niños, solían ser negros y esclavos, aunque debemos tener en cuenta que no siempre se especificó su calidad o condición (de esclavitud o libertad). Los matrimonios y las uniones informales no sólo implican la relación entre un hombre y una mujer, sino que de ello se derivan, además, relaciones entre los contrayentes y sus testigos, amigos, parientes y conocidos. De esta manera, un enlace conyugal formal o informal implicaba una importante ampliación de redes sociales; tal como señala Radcliffe-Brown: a partir del matrimonio se reordena la estructura social.⁶⁵ Lo mismo puede decirse de otros lazos familiares y de los nacimientos y

⁶³ La información que se presenta a continuación acerca de los niños esclavos de la capital novohispana y sus familias puede consultarse de manera más detallada en Cristina V. Masferrer León, *op. cit.*, 2013.

⁶⁴ Manolo Florentino y José Roberto Góes, *op. cit.*, 2007, p. 177.

⁶⁵ Alfred Reginald Radcliffe-Brown, “Introducción”, en Alfred Reginald Radcliffe-Brown y Daryll Forde (comps), *Sistemas africanos de parentesco y matrimonio*, Barcelona, Anagrama, 1982, p.54.



Niños tomados de la mano, retrato, México, ca. 1940, Sinafo-INAH, Fondo Salud Pública, núm. de inv. 462339.

la niñez, pues integrar a un niño o niña a un grupo social implica un cambio en las redes sociales.

Por lo general, los modelos familiares de África se basaban en la familia extensa, mientras en Nueva España el modelo familiar europeo se centraba en la familia nuclear. Este hecho, sin duda, tuvo consecuencias importantes en la organización parental de los africanos traídos a América; por ejemplo, al otorgar mayor relevancia a los padrinos y las madrinas. Las actas bautismales analizadas muestran que 98% de los niños esclavos de la ciudad de México tuvieron al menos un padrino o una madrina (54% tuvo ambos padrinos, 19% sólo un padrino y 24% sólo una madrina). Los padrinos y las madrinas solían ser negros y esclavos, aunque hubo casos cuya calidad y condición no se especificó. Ello muestra una preferencia por desarrollar este tipo de vínculos con personas que también fueran de origen africano. La elección de padrinos esclavos por otras personas esclavizadas también fue señalada por Florentino y Góes para el caso de Río de Janeiro (siglos XVIII y XIX).⁶⁶

El bautizo es motivo de una reordenación de las redes sociales, en tanto implica la consolidación de un vínculo de parentesco espiritual entre los compadres, así como entre padrinos y ahijados. A partir del análi-

sis de actas bautismales del Sagrario Metropolitano fue posible observar y analizar la relación de compadrazgo establecidas entre adultos a partir de la celebración que involucraba a un infante, que solía ser un recién nacido. Así, desde una edad bastante temprana se integraba a los niños a un grupo, cuyas redes sociales se modificarían a partir de su propio bautismo. Además, debido a que los padrinos solían compartir con los padres y los bautizados la condición, pero sobre todo la calidad, es posible advertir la relación entre este ritual y las redes sociales de personas de origen africano.

Como se ha visto, los esclavos de la ciudad de México construían familias, formadas no sólo a partir de enlaces conyugales (formales e informales) entre adultos, sino también

mediante la integración de los niños, las relaciones entre padres e hijos, relaciones entre compadres, entre padrinos y ahijados, y entre parientes diversos. El siguiente caso revela, de modo sorprendente, la posibilidad de desarrollar relaciones familiares a pesar de la condición de esclavitud. En 1606, Diego de Espinosa indicó: “[...] teniendo en mi poder y casa a Magdalena, negra, y a Beatriz e Isabel, hijas de la dicha Magdalena, y a Joseph y Diego y Paula, nietos de la dicha Magdalena, todos negros y mis esclavos, se me huyeron y ausentaron días ha, y no sé qué personas con poco temor de Dios nuestro señor y en gran cargo de sus conciencias me los tienen ocultos”.⁶⁷

Este ejemplo es interesante porque muestra a tres generaciones escapando de la esclavitud que por tantos años les había sometido. Además, destaca el papel de las mujeres en el desarrollo de vínculos familiares. El documento deja constancia de que estos niños esclavos no sólo convivían con su madre, sino también con su abuela.

Comentarios finales

A lo largo del periodo virreinal miles de niños de origen africano fueron esclavizados en América. Lastimo-

⁶⁷ Archivo General de la Nación (AGN), Indiferente Virreinal, caja 5727, exp. 115, f. 1.

⁶⁶ Manolo Florentino y José Roberto Goés, *op. cit.*, 2007, p. 179.

samente, sería equivocado pensar que la práctica de vender y esclavizar niñas y niños ha desaparecido. En México, como en otros países, la esclavitud infantil es una realidad dolorosa que se manifiesta en trata de personas, explotación sexual y trabajo forzado.

Aunque la trata transatlántica estuvo compuesta principalmente por hombres y mujeres adultos, niñas y niños también fueron extraídos de África. Los relatos del jesuita Alonso de Sandoval, en relación con los africanos que llegaban a Cartagena de Indias a principios del siglo XVII, abren una ventana a la llegada de niños africanos a otros puntos de América. Además, huelga decir que todas las personas esclavizadas que nacieron en América fueron niñas o niños alguna vez.

En ocasiones, estos niños eran llamados muleques o mulecones, castellanizaciones de términos de la lengua kimbundu. El concepto de niñez, por tanto, no era restrictivo de las sociedades europeas y novohispanas, sino que estaba presente entre las sociedades africanas. La manera de definir, representar y vivir este periodo de la vida depende del contexto social, cultural e histórico, además de que en un mismo espacio suelen convivir diversas infancias. La esclavitud es sólo uno de los aspectos que se debe considerar al estudiar la niñez.

A lo largo de este texto se advierten algunas recurrencias en la esclavitud infantil en América. Una de ellas, quizá la más evidente, es la importancia de las contribuciones económicas a partir de distintos labores. El trabajo doméstico, al igual que el trabajo en haciendas fue común entre niñas y niños de origen africano en distintos puntos de América. Igualmente, conventos y haciendas en manos de religiosos solían tener niños esclavizados. Asimismo, ser pajes y acompañar a los amos parece haber sido una actividad habitual, pero de ninguna manera era la única labor de estos niños. Los estudios acerca de Brasil demuestran que el trabajo de algunos niños y niñas era especializado, lo que también podría haber ocurrido en otros contextos.

Otro aspecto fundamental es la participación de niños esclavizados en redes sociales y familiares. En documentos del periodo es evidente la importancia de las mujeres en las relaciones familiares, pues muchas



veces son ellas quienes se mencionan junto a sus hijos. No obstante, también los padres varones parecen haber tenido cierta relevancia en la vida familiar de niñas y niños, como lo sugiere el caso de Catalina y Gaspar, ejemplo con que inicia este texto.

En distintas latitudes de América las personas esclavizadas conformaron familias. Mientras algunos estudios sugieren la posibilidad de que vivieran juntos, sobre todo en las haciendas, las investigaciones acerca de contextos urbanos subrayan la posibilidad de mantener vínculos de parentesco sin necesidad de residir bajo el mismo techo. Así, la movilidad espacial de las ciudades se convierte en un elemento relevante de las familias de esclavos. Además, la importancia de la relación entre padrinos y ahijados, así como entre compadres, fue señalada tanto en Brasil como en Nueva España.

He querido mostrar que los niños esclavos no eran simples víctimas, sino seres humanos que aportaron y contribuyeron a la construcción de Nueva España y de otros lugares de América, no sólo en el sentido económico, sino social y culturalmente. La historia de México es una historia de matices, de diversidad, y precisamente en esos matices podemos encontrar su riqueza y complejidad.

Las investigaciones acerca de los niños esclavizados de origen africano nos remiten al pasado, pero también al presente, porque la historia de aquellos africanos y afrodescendientes que fueron libres y esclavizados no es la historia de unos cuantos; es la historia de todos. Es la historia de cómo se construyeron las sociedades contemporáneas. Conocer la diversidad étnica de nuestros orígenes ayuda a valorar la diferencia y nos compromete a actuar contra toda forma de discriminación.